

do ser franca conmigo misma, porque desgarraría estas páginas y jamás abriría este diario.

12 mayo.

No, no me engaño; es la evidencia. Es preciso reconocer que el retrato trazado por mi madre, de la persona con quien ella deseaba verme casar, se relaciona exactamente... ¡Eh! ¡sí! ¿Por qué no escribirlo, si lo digo sin cesar hace ocho días? Ese retrato es el del señor Jorge Gérard.

Será, — dice mi madre, — sencillo en su aspecto y maneras. Tendrá una fortuna que le permita ser independiente y hacer un poco de bien á su alrededor. Este bien lo hará él mismo... Amará la vida de familia, la vida interior, el hogar doméstico... Cultivará las artes... En fin, yo le quisiera instruido, reflexivo, serio, y quizás aún, de una naturaleza triste.

Se creería en verdad que por una especie de intuición mi madre trazaba el retrato de la primera persona con quien iba á cruzarme á mi salida del convento. Ella está en el cielo, vela por mí y quizás ha hecho nacer esta aproximación. ¿No es esto adivinarla, comprenderla? La felicidad está quizás aquí, muy cerca, en mi casa. Mi madre me la muestra con el dedo. *He aquí, me dice, el que te conviene, el á quien hubiera confiado tu destino con gusto. Es el esposo de mi elección. El que quiero á mi vez que tú escojas entre todos.*

Pero si yo me engaño, si creyendo obedecer á mi madre, obedezco solamente... ¡Ah! ¡no sé qué pensar! ¿Es mi madre quien me habla? ¿Es sencillamente mi corazón? ¿O bien ella y yo no tenemos ahora más que un alma?

Trato de distraerme; obligo á miss Dowson á que se pasee conmigo. Hablo, hablo tanto, que llego... ¡oh, milagro! á desatar algunas veces la lengua de mi querida compañera. Leo algunos libros intere-

santes, que ella misma ha ido á comprarme; ¡orque miss Dowson es muy instruída. Tiene una instrucción... interior, que no sale jamás de sí misma, pero á la que se puede recurrir sin temor á que falle.

En fin, toco algo el piano, bordo; ayer mi padre quiso sacrificarme la noche y he vuelto al teatro. Pues bien; á pesar de todas estas distracciones, no tengo más que una idea fija. Pienso sin cesar en la voluntad expresada por mi madre, en el retrato por ella trazado.

¡Ah! ¡Cuánto se sufre con una idea fija. No se tienen otras, no se puede dirigir el pensamiento á un objeto determinado; está sin cesar dominada por otro pensamiento que no llamáis, que no habéis invocado, que se impone á pesar vuestro y absorbe todo vuestro ser.

Quizás sea lo físico, que influye sobre lo moral. Me siento algo indispuesta hace algunos días. Tengo por momentos palpitaciones al corazón, tan violentas, que me parece me voy á sofocar. ¿De qué enfermedad ha muerto, pues, mi madre? No se me ha podido jamás definir de una manera precisa.

20 mayo.

No me atrevo á volver á casa de la señora Gérard. ¿Por qué? ¿Por qué no hacer hoy lo que hacía tan fácilmente y con tanto gusto hace seis semanas? Me parece que tendría vergüenza, que enrojecería, que me turbaría. Y, sin embargo, ¡quisiera verla! Desearía también encontrarme un instante con el señor Gérard, para juzgarle de nuevo. ¿No podría suceder que me hubiese equivocado? Quizás no se parezca del todo al retrato trazado por mi madre. ¡Ah! ¡quisiera estar convencida! Entonces estaría más tranquila; no creería oír sin cesar á mi madre decirme: *Te he trazado una línea de conducta y tú no la sigues...*

¿Y como seguirla? ¿Es que yo voy á hacer una

visita al señor Gérard? Antes iba á ver á su madre Hoy, en la disposición de espíritu en que me encuentro, es á él á quien iría á ver. No debo.

XIII

24 mayo.

Nos hemos encontrado. Yo salía con miss Dowson, y él entraba con su madre. Se ha aproximado á mí y me ha saludado, mientras que la señora Gérard me tendía afectuosamente la mano.

—Os encuentro un poco cambiada, —me ha dicho ella. —¿Es que os encontráis mala?

—No, señora, —he contestado.

He dicho una mentira, porque mis palpitaciones al corazón no han cesado; pero no sé por qué, no he querido confesar delante de él que estoy enferma. Hemos cambiado algunas palabras más y nos hemos despedido. Ella no me ha reprochado el no ir á verla. Se diría que no existo para ellos. Y, sin embargo, sentía que él me miraba atentamente; me ha parecido, cuando nos hemos separado, que él se volvía á mirarme. Tiene la edad de que habla mi madre en su carta, de treinta á treinta y cinco años.

26 mayo.

He pasado una noche muy mala, he cometido la imprudencia de decirlo á mi padre, y enseguida ha enviado al segundo piso á buscar su Médico y amigo, el señor Pablo Combes. El Doctor me ha tomado el pulso, ha escuchado largo tiempo los latidos de mi corazón, me ha hecho varias preguntas, y ha dicho:

—Esto no es nada; es preciso que la señorita se distraiga, que tenga muchas distracciones.

Después hemos hablado de diversas cosas, y al fin de música.

—A propósito, ¿sabéis que tenemos un excelente músico en casa? —ha dicho el doctor Combes.

—¿Quién? —ha preguntado mi padre.

—Vuestro inquilino del fondo del patio. Cuando las ventanas de mi gabinete están abiertas, le oigo perfectamente y con gran placer. Sin ser de primera fuerza para el piano, sin parecer tener mucho estudio, toca con pasión... ¿No le habéis oído, señorita?

—Sí, señor, como vos, desde mi ventana.

¿He enrojecido al decir esto? Me parece que el señor Pablo Combes me ha mirado con asombro. Esos Médicos son muy desagradables. En vez de limitarse á tomaros el pulso, os observan sin cesar.

—¿Qué! —ha exclamado mi padre, —tengo músicos en mi casa y yo no lo sabía. Será preciso, —ha añadido riendo, —que aumente el alquiler de mis inquilinos; justo es que paguen algo más por el gusto que experimentan. Mi querido Doctor, ya estáis advertido.

—Mi querido propietario, —ha replicado el señor Pablo Combes, —si tratáis de aumentarme el alquiler por causa de la música, iré á ver al señor Gérard y le suplicaré que cierre el piano.

—¿Es que le conocéis particularmente? Yo, jamás he tenido relaciones con la señor Gérard desde que se instaló en mi casa.

—Yo he tenido ocasión de verlo varias veces, —ha replicado el Doctor, —y me ha hecho el efecto de ser un hombre encantador, inteligente, instruido, sencillez y bueno. Sus maneras son un poco reservadas; abusa del derecho que tiene de no comunicarse con los extraños, ni aún con su Médico; pero bajo ese aspecto frío se percibe un alma buena y un gran carácter.

—¡Diablo! ¡Diablo! —ha dicho mi padre; —¿Qué elogio! ¿Sabéis que es precioso, querido Doctor, viniendo de vos, que estáis colocado en tan alto por la estimación pública?

—El hecho es que el señor Pablo Combes, —me

ha dicho varias veces miss Dowson, — goza de una gran reputación entre sus compañeros y que se debe tanto á su honradez como á su talento. Quiero mucho á nuestro buen Doctor.

— Mi padre ha dicho:

— ¿Qué edad tiene, pues, vuestro cliente, para que su carácter sea bastante hecho, bastante reposado, que merezca vuestra admiración? Yo creía al señor Gérard muy joven.

— No tiene más de treinta y dos á treinta y cinco años. Pero su vida ha debido ser agitada, atormentada si se quiere. Se ha formado, estoy seguro, en la mejor de las escuelas; la de la desgracia.

— ¿No conocéis nada de particular sobre su existencia?

— Sé lo que él me ha dicho y que he podido adivinar. Después de haber largo tiempo habitado en América, ha sido desde su vuelta á Francia, herido por un golpe terrible, imprevisto, cuya naturaleza ignoro, pero que ha tenido sobre su carácter, naturaleza y modo de ser, una muy grande influencia.

¡Qué razón tenía mi padre al decir que nada escapa á nuestro Doctor! Todas las observaciones que he hecho sobre la conducta del señor Gérard, él las ha hecho también, deduciendo las mismas conclusiones que yo. Han servido para emitir el mismo juicio.

La conversación ha terminado, pero me ha parecido que el señor Pablo Combes, durante esta visita, ha tenido siempre los ojos fijos en mí. ¿Es que quería leer también en mi vida, en mi alma? Quizás me miraba solamente como Médico, inquietándose más de mi estado que lo que ha parecido creer. Lo que me da que pensar es que al salir del salón, en vez de marcharse ha seguido á mi padre á su gabinete.

.....

30 mayo.

Sufro más que nunca. Mis palpitaciones al corazón aumentan cuando me siento para escribir. Si tendré que verme obligada á renunciar al placer que experimento al confiar á este album todos mis pensamientos... ¡Ah! ¿es qué los pongo todos? Ayer hice una visita á mis vecinos y no lo he contado... Verdad es que estaba tan fatigada al volver.

.....

5 junio.

Mi padre quiere procurarme distracciones. Esta mañana me ha propuesto partir para un viaje. Me he negado; me parece que el movimiento no me conviene... Quiero quedarme en esta casa que me recuerda á mi madre... quiero...

¡Ah! ¡Cuánto sufro, no puedo escribir más!...

.....

El diario de la señorita Marcela de Brives termina aquí.

Nosotros le completaremos con ayuda de las notas que nos hemos proporcionado y de los relatos que hemos oído.

XIV

El 22 de junio del mismo año, el señor de Brives, al que el estado enfermo de su hija preocupaba mucho, subió á casa de las diez de la mañana á casa del señor Pablo Combes.

— Doctor, — le dijo, — ayer aún, visteis á Marcela y eludisteis la contestación á las preguntas que os hice al salir de su habitación. Aprecio vuestra discreción y os lo agradezco. Pero no es ya el padre de familia á quien creéis deber ahorrar el dolor, quien en este momento se dirige á vos. Es el amigo, es el

cliente que viene á hablar con vos de un modo serio y á preguntaros qué pensáis de vuestra enferma.

El señor Pablo Combes reflexionó un instante y dijo:

—Si presentáis la cuestión en estos términos creo en efecto deberos decir la verdad: la enfermedad que he creído reconocer en vuestra hija, el día que me llamasteis por primera vez para visitarla, ha hecho desde una semana á esta parte un progreso que me sorprende sin inquietarme. Busco con gran interés las causas que han podido determinar diversos síntomas, á fin de no verme obligado á convenir que he engañado negando hasta hoy la transmisión de ciertos gérmenes, la herencia de ciertas enfermedades.

—¡Cómo!—dijo el señor de Brives,—¿pensáis?...

—Pienso sencillamente que la señora de Brives murió de una hipertrofia del corazón, y me veo obligado á reconocer en su hija palpitaciones, ligeros movimientos de sangre que no indican la hipertrofia de un modo absoluto, pero que algunas veces son síntomas de ella.

—¡Dios mío! ¡Qué me decís!—exclamó el señor de Brives.

—Nada que deba seriamente alarmaros,—repuso el Doctor.—La afección de que hablo, puede combatirse. Se vive mucho tiempo con una hipertrofia de las más caracterizadas; grandes pesares, emociones violentas, determinan solas, de ordinario, accidentes como la hemoptisia y la ruptura del corazón.

—Entonces mi hija está salvada. ¿Qué pesares queréis que tenga, qué emociones podría experimentar? Yo me aplicaré á hacerle la vida fácil y dulce.

El Doctor miró al señor de Brives y le dijo:

—¿Os habéis aplicado hasta hoy?

—Sin duda alguna.

—¿Estáis seguro?

—Doctor, esas preguntas me ofenden. ¿Qué os hace suponer que mi hija no sea feliz á mi lado?

—No supongo nada, trato de esclarecer; estoy en mi derecho y es mi deber. No merecería ciertamente

la reputación que han tenido á bien hacerme, si ante un enfermo me limitase á tomarle el pulso. En ciertos casos es preciso estudiar al enfermo tanto desde el punto de vista moral, como del físico, y si valgo alguna cosa es solamente en esto. He escuchado algo el corazón de vuestra hija, y, sobre todo, he tratado de leerlo. Pues bien; puedo aseguraros que sufre un mal desconocido y que su dolor es tanto más vivo cuanto que trata de ocultarlo á todas las miradas.

—Es imposible, Doctor; no la he causado jamás ni un pesar, ni una pena. Hace algunas semanas uno de mis amigos me pidió su mano; este matrimonio me convenía por algunas razones; hablé de ello á Marcela, no le gustó y desde aquel momento no insistí.

—¿Qué motivo ha dado para negarse á ese matrimonio?

—Ninguno serio.

—Debía al menos tener uno.

—¿Cuál?

—Algún amor de joven.

—No. La vida de Marcela se pasa entre su aya y yo. No hace visitas, y el único amigo que la he presentado es el que ella rechazó.

—¿Y vuestro inquilino del fondo del patio, ese señor Gérard, de quien os hablé el otro día, cuyo retrato describí delante de la señorita Marcela?

—Le oye, le vé, pero no le conoce.

—¿No ha ido varias veces á casa de su madre?

—Creo que sí; me pidió, en efecto, permiso para hacer una visita á esa señora, para interesarla por sus pobres. Yo consentí. Pero ignoraba que hubiesen continuado las relaciones entre ella y la señora Gérard.

—¡Ah! debíais saberlo, querido amigo. Permitidme deciroslo: cuando se es padre de una joven...

—Cuando esa joven tiene constantemente á su lado una mujer respetable, desinteresada, segura, una especie de segunda madre, en fin, los deberes, la responsabilidad del padre, se encuentran muy disminuídos.

—¡Sea! No insisto. Os absuelvo, y además, poco importa. He querido solamente establecer, como Médico llamado quizás á combatir una enfermedad del corazón, que vuestra hija está enamorada del señor Gérard.

—Esto no lo veo claro. Admito algunas visitas á la señora Gérard, algunos encuentros con su hijo; pero esto no basta para...

—Permitid; dado el aislamiento en que se encuentra la señorita de Brives, el mérito muy real del señor Gérard, mérito verdaderamente poco común, su existencia un poco misteriosa, como ya os tengo dicho, existencia que no se parece á la nuestra, ha podido herir la imaginación de una joven. Considerad que si la señorita Marcela, como yo espero, no ha heredado la enfermedad de su madre, tiene, sin embargo, ciertos gémenes de una afección que predispone al sentimentalismo, á los entusiasmos extremados, á las exageraciones de todas las especies y á todas las extrañezas de que es capaz el espíritu. En fin, mi querido amigo, ¿quién nos dice que el corazón de vuestra hija no está invenciblemente arrastrado hacia el señor Gérard por motivos poderosos que no conocemos, que no podemos adivinar? ¡Ah! es preciso preverlo todo; en caso tan grave, debemos ir ante todas las suposiciones posibles. He creído deberos hablar con entera franqueza, como Médico y como amigo; sacad provecho de mis advertencias.

XV

Después de esta conversación, el señor de Brives se dirigió al cuarto de miss Dowson y trató de obtener de ella algunas noticias. Era emprender una tarea difícil; mis Dowson hubiera hecho una magnífica confidente de tragedia; excusamos decir nada más

acerca de su carácter, porque á buen seguro que nuestros lectores han tenido tiempo y ocasión de comprenderlo. El señor de Brives pudo solamente arrancarle algunos monosílabos relativos á las visitas de Marcela á casa de la señora Gérard; bastaron para comprender que las suposiciones del Doctor descansaban sobre sólidas bases.

El señor de Brives quiso entonces tener una entrevista con su hija; fue á su habitación, se sentó cerca de ella, y con una gracia encantadora, casi femenina, con delicadezas infinitas, que ciertos hombres no pierden nunca, cualquiera que sea el medio en que viven, trató de arrancarle una confidencia que pusiese en claro su situación. La señorita de Brives guardó su secreto, no se atrevía á confesar ni á sí misma que amaba á Jorge Gérard; ¿cómo lo hubiera confesado á su padre?

Sin embargo, de los monosílabos arrancados á miss Dowson, se esclarecían algunos puntos al señor de Brives, ciertos enrojecimientos, algunas frases emocionadas, escapadas á la enferma, vinieron todavía á afirmar la sagacidad del Doctor. Solamente que habría alguna exageración: ¿Marcela sufriría aquel oculto y contenido amor hasta el punto de tener influencia sobre su salud? Miss Dowson no sabía nada ó no quería decir nada. Marcela no podía ser directamente interrogada á este propósito, y además, ¿sabría contestar? Una sola persona quedaba que consultar de una manera útil, la señora Gérard.

La situación era demasiado grave para que el señor de Brives pudiese vacilar y andar con subterfugios. ¿No le debía una visita para agradecerla sus amabilidades para con su hija, y en calidad de propietario, no podría encontrar motivos para solicitar esta entrevista?

Fue recibido de una manera muy cortés por su inquilina, pero su larga conversación llena de reticencias en que la mayor reserva se había impuesto por ambas partes, pudo resumirse en esto: Marcela había ido varias veces á ver á la señora Gérard, y ésta, que la había encontrado encantadora, la había acogido cada vez con más amabilidad, sin haberle devuelto,

sin embargo, las visitas. En cuanto á Jorge Gérard, participaba de la misma opinión de su madre con respecto á la señorita Marcela; pero no lo había jamás manifestado ni por una palabra, ni por una sola mirada.

—¿Qué hacer?—preguntó el señor de Brives al doctor Combes, cuando le volvió á ver después de estas pesquisas que le contó fielmente.

—Nada por el momento,—contestó el Doctor.— Esperar. Pero os lo repito, vuestra hija sufre tanto más, cuanto que no quiere confiar su dolor á nadie, y que quizás, ni á sí misma se atreve á confiarlo. Será preciso, tarde ó temprano, obtener á todo precio sus confidencias.

—¿Por qué medio, Doctor?

—Yo lo buscaré.

Transcurrieron algunos días y el mal se agravaba. Una mañana el señor Pablo Combes, dijo al señor de Brives:

—Ya he encontrado el medio que buscábamos. Pero es penoso de emplear; una madre no tendría sin duda escrúpulos para ello, pero un padre puede y debe tenerlos. ¿Sabéis que vuestra hija escribe día por día sus impresiones?

—No.

—Pues bien, al entrar esta mañana en su habitación con miss Dowson, he visto una especie de album sobre un mueble. Estaba abierto por la primera página, en la que he leído estas palabras: *Mi vida desde mi salida del convento...* Las confidencias que os niega y que os son indispensables, las encontraréis en ese libro.

—¿Si se tratase de vuestra hija, qué haríais?

—Lo leería.

—Esto me basta.

Durante el día, el señor de Brives obtuvo de Marcela que saliese á dar un paseo en carruaje con miss Dowson. Aprovechó aquella ausencia para entrar en la habitación de su hija, abrir su escritorio, cuyo secreto conocía, y recorrió rápidamente el diario que hemos publicado. Después de esta lectura, la duda ya no era posible: el amor de la señorita Marcela de

Brives por Jorge Gérard saltaba de cada página, aunque no estuviese consignado en ninguna. Este amor era tanto más sério cuanto que se apoyaba en una especie de superstición. Marcela, exaltada por la enfermedad, creía firmemente obedecer las últimas voluntades de su madre; imaginábase cumplir con un deber abandonándose á las aspiraciones de su corazón. Amaba con tanto más ardor cuanto que encontraba en su pasión una especie de satisfacción á su piedad filial. Pero también tenía conciencia, al mismo tiempo de lo demasiado súbito de aquel amor; todos sus pudores de joven se despertaban ante la idea de que se pudiese adivinar su corazón y que la acusaran de ligereza. No queriendo confesar á nadie á qué sentimientos obedecía, impotente aún para definirlos, se callaba para no tener que enrojecer y sufría en silencio, sin fuerzas para hablar, sin posibilidad de obrar.

El señor de Brives después de haber colocado el album en su sitio, se encerró en su gabinete y reflexionó largamente. La carta de la señora de Brives había hecho en él una viva impresión. De modo que los pesares que él la había causado habían abreviado su vida. Si él hubiese sabido crearle una existencia tranquila y reposada, alejar de ella las inquietudes y los tormentos, no hubiera sucumbido á la enfermedad que la minaba. ¿No decía el doctor Combes que se veía á ciertos enfermos vivir diez, veinte, treinta años, con una hipertrofia del corazón? Y Marcela sufría quizás el mismo mal; Marcela podía serle arrebatada, como le había sido arrebatada su madre, á consecuencia de dolores morales. No. ¡El la salvaría á toda costa, la salvaría á pesar de ella! Ella se negaba á confesarle su amor, pues sería él quien lo confesaría. Ella no se atrevía á volver á casa de Jorge Gérard, y se moriría de no volverlo á ver; él la conduciría si era preciso. Ante todo, el padre quería que ella viviese. ¡Ah! en aquel momento ya no era jugador, no era más que padre. Bien pronto fue tomado su partido; escribió cuatro palabras al señor Gérard para pedirle una cita. Su inquilino le contestó que estaba en su casa y que lo esperaba. El

señor de Brives tomó su sombrero y atravesó el patio. Iba francamente, como hombre honrado á hablar á otro hombre honrado. ¿No se había fijado ya desde antes en la conducta del señor Gérard? El doctor Combes, experto en esa materia, no le había respondido de su honradez, y la discreta conducta de aquel joven con respecto á Marcela, no afirmaba hasta la evidencia su perfecta rectitud?

Jorge Gérard escuchó al señor de Brives en silencio, con una especie de recogimiento. Después tomó á su vez la palabra, y dijo:

—Si he comprendido bien, señor, me pedís que interponga mi influencia para con mi madre para que vaya á pasar algunos instantes al lado de la señorita de Brives; deseáis que yo mismo os devuelva lo antes posible vuestro visita; en fin, deseáis vernos á mi madre y á mí salir de nuestra reserva habitual. Pues bien, señor; no podemos. Todo lo que habéis querido decirme me honra infinitamente y me conmueve hasta lo más profundo del corazón, pero vuestra franqueza llama á la mía. No puedo volver á vuestra casa, precisamente á causa de un motivo que he creído comprender y que os hace desear verme; mis visitas fortificarían ciertas ideas, que todos vuestros esfuerzos deben aplicarse, por el contrario, á alejar y combatir cuando os haya dicho estas sencillas palabras: *mi sitio no está al lado de una joven casadera, porque yo no me casaré nunca.*

La sorpresa del señor de Brives al oír á Jorge expresarse de aquel modo, no tuvo límites. El terreno que iba á tocar era muy difícil y verdaderamente necesitaba mucho tacto, pero he ahí que de pronto la situación cambiaba por completo. No se le había ocurrido la idea de que podía encontrar un obstáculo invencible, un hombre bastante loco para rechazar, para huir del amor de una joven de diez y nueve años, suficientemente rica, bien educada, linda en lo posible y encantadora por todos conceptos.

Este hombre, sin embargo, existía. El señor de Brives, cuya insistencia muy delicada en aquella materia estaba autorizada, legitimada por la gravedad de las circunstancias y el fin que se proponía obte-

ner, no pudo triunfar de las resistencias que se le opusieron. Debíó aún renunciar á toda nueva tentativa; Jorge Gérard, á la noche siguiente de su conversación con el señor de Brives, partió para un viaje; se hubiera dicho que quería poner más distancia entre Marcela y él.

XVI

En el mes de julio el estado de Marcela dió seria inquietudes al doctor Combes, que se creyó en la obligación de participarlo al señor de Brives. Desde algún tiempo nada podía decidirla á dejar su habitación; permanecía días enteros, con los ojos fijos, las manos apoyadas contra su corazón para comprimir sus latidos y la boca entreabierta para respirar más libremente. Como miss Dowson no respondía más que por monosílabos á las preguntas que se le dirigían; ella parecía pedir como por favor que no se la fuera á turbar en su soledad y á arrancarla de sus pensamientos.

—Si no conseguimos sacarla de la postración en que está sumida,—dijo el Doctor,—no respondo de ella.

—¿Qué imaginar?—preguntó el señor de Brives con voz conmovida.

—¿Ha vuelto de viaje el señor Gérard?

—No; ¿y además, qué importa? ¿No os he repetido sus palabras? ¿Qué esperanza podemos fundar en él?

—El sólo, sin embargo, puede salvarla,—murmuró el Doctor.

Después de un instante de reflexión añadió:

—¿Me autorizáis para probar cerca de su madre, una última tentativa, y decirle todo lo que crea útil á nuestra causa?

—Obrad como queráis, Doctor. Todas las conve-

niencias sociales deben sobreponerse ante la desgracia que nos amenaza.

.....

 —Señora,—dijo Pablo Combes á la señora Gérard, después de un rato de conversación preliminar.—Estoy perfectamente convencido de que el matrimonio es una cosa muy grave para obligarle á uno á casarse. Haría muy mal en hablaros del estado en que se encuentra mi cliente y de tratar de conmoveiros á vos y á vuestro hijo. Tenéis vuestras razones para rechazar los ofrecimientos que en menosprecio de todos los usos hemos creído deberos hacer y respetemos esas razones, sin siquiera tratar de conocerlas. Tampoco vengo á hablaros de matrimonio. Nuestras esperanzas no van tan lejos, y además no es ese mi objeto. Me presento sencillamente como Médico, señora, y os digo: Creo que la señorita de Brives tendría un gran placer en veros á vos y á vuestro hijo, que esta visita le proporcionaría una feliz distracción en el estado de abatimiento en que se halla sumida, una feliz influencia sobre su salud. Planteada la cuestión en esta forma deben desaparecer todos vuestros escrúpulos. No es á una joven casadera á quien vais á ver, es á una enferma y os lo ruega su Médico.

—Tendría mala gracia en negarme á lo que pedís, Doctor,—contestó la señora Gérard, cuya emoción era muy grande.—Me presentaré en casa de la señorita de Brives. Pasado mañana mi hijo, á quien voy á telegrafiar, estará de vuelta en París y podrá acompañarme.

Y como el Médico se lo agradeciere:

—¡Ah!—exclamó con lágrimas en los ojos,—decid al señor de Brives la parte que tomamos en sus penas. Decidle que daríamos todo lo del mundo por mitigarlas. Esto no depende de nosotros; no nos pertenecemos, sufrimos...

La señora Gérard se detuvo de pronto, espantada y como si hubiese dicho demasiado, y acompañó al Doctor hasta la puerta.

XVII

Aquella misma noche el señor de Brives, afectando un tono indiferente, dijo á su hija:

—¿Sabes que voy á verme en la obligación de no aumentar los alquileres de mis inquilinos?

—¿Por qué?—dijo la señorita Marcela con displicencia.

—Me dan, desde que estás enferma, muestras tales de simpatía que será preciso estar reconocido.

—¿Se ocupan de mí? ¡Me asombras!—dijo la joven con amargura.

—Desde luego, supongo que no te quejarás del Doctor Combes.

—¡Oh! ese no es un inquilino, es un amigo.

—Y el señor que vive en el tercero, es un verdadero inquilino. No le conocíamos, después de cinco años que hace que está aquí. ¡Pues bien! Todas las mañanas pregunta al portero cómo has pasado la noche.

Marcela guardó silencio; su padre continuó:

—Y aun las personas que habitan el cuerpo de edificio separado del nuestro, ¿sabes cual digo, ese pabelloncito aislado del fondo del jardín?

—Sí,—dijo Marcela, y sus ojos se animaron.

—Está ocupado,—repuso el señor de Brives,—por una señora que vive con su hijo; pues bien, no pasa un día sin que esa señora venga á pedir noticias tuyas.

—¿Por qué no la recibes?—objetó la joven incorporándose.

—El Doctor Combes me lo había prohibido. Pero hoy encuentra tu estado mejor y ha levantado la consigna.

—¿Será preciso entonces decir á la señora Gérard que estoy para ella?

—Es inútil; vendrá mañana á la hora de costumbre.

—¿Cuál es?

—Á las dos, próximamente; sólo que solicita un favor que no parecer otorgarle.

—¿Qué favor es ese?

—Parece que su hijo acaba de hacer un largo viaje por el extranjero, por Alemania, según creo, y que en esos países en que la caridad está comprendida de una manera muy inteligente, ha recogido diferentes notas que podrían ser muy útiles para un proyecto del que otras veces me has hablado. El quisiera someterlas á tu juicio. Yo te encuentro aún muy débil para escucharlo. ¿Qué te parece?

—Desde el momento que se trata de mis pobres,—dijo Marcela con aire resignado,—debo hacer un esfuerzo.

—¿Entonces recibirás al señor Gérard con su madre?

—Si tu quieres...

—¡Oh! yo, no tengo voluntad desde hace tiempo; obedezco á la facultad y debo permitir lo que ha permitido nuestro amigo Combes.

XVIII

Desde el siguiente día, por la mañana, el Doctor pudo notar una sensible mejora en el estado de la enferma.

Los latidos del corazón seguían con la misma frecuencia que los días anteriores; pero toda postración había desaparecido. La señorita de Brives contestaba á las preguntas que se le dirigían; dos veces durante la visita del Doctor, había arrojado una mirada al espejo, murmurando:

—¡Dios mío! ¿Qué cambiada estoy!

A las dos de la tarde se anunció á la señora Gérard y su hijo. Miss Dowson y el señor de Brives se hallaban en aquel momento en la habitación de Marcela. Durante esta visita, que duró más de una hora, la enferma habló de todas las cosas con una animación algo febril, pero que distaba mucho de su habitual abatimiento. Se hubiera dicho que renacía á la vida y que nuevos horizontes se abrían ante ella. El decaimiento se había desvanecido como por encanto; la esperanza renacía. Dijo al señor Pablo Combes cuando fué á verla por la noche.

—Doctor, recetadme, que tomaré cuanto me deis; estoy cansada de sufrir y quiero ponerme buena pronto.

.....
La señora Gérard y su hijo no se limitaron á aquella visita. A instancias del Doctor las renovaron á menudo.

—Dadme tiempo de dominar la enfermedad,—les había dicho,—dejadme que le vuelva la salud por completo; os pido lo más seis semanas. Entonces vuestras visitas podrán ser menos frecuentes y recobraréis bien pronto vuestra libertad por completo.

La señora Gérard y su hijo fijaron largamente las cosas. En vez de otorgar al Doctor las seis semanas que les había pedido, le concedieron dos meses, después tres. La señorita de Brives estaba perfectamente. Las palpitaciones al corazón habían desaparecido, los colores del rostro habían vuelto; se paseaba todos los días con su padre; iba viviendo como todo el mundo, y cosa extraña, las visitas continuaban; no se quería aprovechar la libertad que el Doctor había concedido.

¿Qué pasaba, pues, en los espíritus de la señora Gérard y de su hijo? ¿Habían prescindido por completo de su reserva? ¿Sus ideas se habían modificado? ¿Aquella resolución de no quererse casar, que Jorge Gérard había tan lisamente manifestado, habíase desvanecido?

Contestaremos á estas preguntas trayendo aquí una conversación que tuvo lugar en la época á que

hemos llegado en el despacho del señor X..., antiguo Decano del Colegio de Abogados de la Audiencia imperial de Rouen, y retirado hacia dos años en París, calle Sainte-Anne.

XIX

Serían próximamente las cuatro de la tarde cuando su ayuda de cámara le advirtió que una señora deseaba hablarle. Se negaba á decir su nombre, pero aseguraba ser particularmente conocida de él.

—¿Habéis contestado á esa señora,—repuso el señor X...,—que no tengo ya consultas?

—Sí, señor; pero esa señora dice que no viene como cliente, que conoció antes al señor en Rouen y que desea verle.

—Hacedla entrar.

El señor X..., al estar ante la recién llegada, le ofreció un sillón y como pareciese buscar en vano el recuerdo de aquella fisonomía, ella tomó la palabra y dijo:

—No me reconocéis, señor; nadie me reconocería; en ocho años he envejecido más de treinta. Ahora soy una vieja, tengo el cabello blanco.

—Habéis conservado, señora,—interrumpió galantemente el viejo Abogado,—una sonrisa que he visto antes y que no sabré olvidar. Si no recuerdo precisamente quien sois, es preciso excusarme, he tratado á tantas personas en mi larga carrera... Pero recuerdo perfectamente haberos conocido y en circunstancias graves, me parece.

—Muy graves, en efecto, señor, os pedía que defendieseis ante la Audiencia del Seine-Inférieure á mi hijo, acusado de tentativa de asesinato y robo.

El Abogado se levantó vivamente, luego la tomó la mano y la dijo con emoción.

—¿Sois la señora Hamel!

—Para vos sí; ante otro me negaré siempre á llamarme de ese modo.

Después de haber contemplado un instante los profundamente alterados rasgos de la señora Hamel, el viejo Abogado exclamó con calor:

—¡Ah! ¡Desgraciada mujer, desgraciada madre, cuan frecuentemente os he compadecido! ¡Me acuerdo de vos! Ahora que ya no defiendo, ahora que puedo vivir un poco del pasado, me ha ocurrido releer algunas veces los procesos en que he figurado. El de vuestro hijo ha pasado últimamente bajo mi vista. Le he vuelto á ver en la Audiencia, y á los Jurados, á los Jueces, al Abogado general; le he visto sentado á algunos pasos de aquella miserable criatura, causa de todas vuestras desgracias. Oía aún el grito desgarrador que lanzasteis cuando se pronunció aquella injusta condena. Sí, injusta, lo sostengo todavía y lo sostendré siempre. Mi cliente debía ser absuelto, y lo hubiera sido sin aquella acusación de robo que le arrojó aquel ser desnaturalizado. Cinco años de trabajos forzados por un momento de arrebato es un desatino, lo he jurado, lo he dicho á la Audiencia y á quien ha querido oirme, lo he repetido mil veces y lo repito aún!

Se interrumpió y repuso enseguida:

—¡Pobre joven! ¡Tan interesante, tan encantador!... ¡Cuánto os amaba! Jamás cliente alguno me ha inspirado más simpatía. He llorado, ya veis, de no haber podido salvarlo. ¡Ah! Bajo nuestra toga de Abogado hay más corazón del que se cree. El público dice: *Es elocuente para convencer al Jurado; llora para conmoverlo; pero no está verdaderamente emocionado, sus lágrimas son las del cocodrilo.* ¡Qué á menudo se engaña, Dios mío! Y con cuanta frecuencia nos sucede verter verdaderas lágrimas. Pero decidme, él no habrá sufrido la condena, me imagino habréis obtenido su indulto ó al menos una conmutación de la pena.

—¡No!—dijo la señora Gérard tristemente emocionada.

—¿Se os ha negado? ¿Por qué no habéis venido á buscarme? Tengo algunos amigos en el Ministe-

rio de Justicia. Os hubiera recomendado á ellos y es probable que lo hubiésemos conseguido.

—Ya he pensado, mi querido señor, en dirigirme á vos, pero mi hijo me suplicó que no hiciera nada. Ha querido sufrir su pena por completo. Quiero, me ha dicho, *rehabilitarme ante la sociedad á quien he ofendido de un modo irreflexivo. Me ha condenado á cinco años de trabajos forzados, cumpliré esos cinco años; cuando los haya cumplido, nadie tendrá derecho á reprocharme mi falta y marcharé con la cabeza levantada.*

—Todavía ilusiones de la juventud,—dijo el Abogado.—Vuestro hijo debe haberse convencido hoy de su error. Jamás se justifica ante la sociedad cuando la desgracia proporciona ciertas condenas. Al lado de las penas que pudiéramos llamar *legales*, existen otras llamadas *accesorias*, contra las cuales varios esclarecidos Jurisconsultos se han pronunciado inútilmente hasta el día.

Abrió un Código que por costumbre tenía siempre encima de la mesa al alcance de su mano y leyó:

Artículo 47 del Código penal:

Los culpables condenados á trabajos forzados, detención y reclusión, estarán de lleno, después que hayan sufrido su pena y durante toda su vida, bajo la vigilancia de la alta Policía.

—Mi hijo,—dijo la señora Hamel con voz emocionada,—se ha sustraído á esa vigilancia.

—¿Cómo lo ha hecho?—exclamó el Abogado no comprendiendo.

—En el momento en que le pusieron en libertad, recibió una especie de pasaporte, señalándole un itinerario del que no podía separarse y marcándole un lugar de residencia, que no podía jamás dejar bajo pena...

—Bajo pena,—continuó el señor X...,—de desobedecer á este otro artículo que declara, que toda infracción al Reglamento concerniente á los individuos sometidos á la vigilancia de la alta Policía, será castigado por el Tribunal correccional con una pena

que podrá, si el Juez lo juzga conveniente, llegar á cinco años de prisión.

—En efecto,—repuso la señora Hamel,—conocemos ese artículo; y sin embargo,—añadió con voz temblorosa,—mi hijo ha quemado su pasaporte, ha cambiado su nombre para hacer perder sus huellas y se ha venido á vivir conmigo á París.

—Vivís en París ambos hace tiempo?—exclamó el señor X...,—¿y no tenéis miedo de ser reconocidos?

—¿Quién hubiera podido reconocernos, señor? Antes de pasar cinco años en Tolón, Jorge, como vos sabéis, había vivido mucho tiempo en América. Había dejado á París á los veinte años y volvió á los treinta. Diez años durante los cuales el rostro sufre una verdadera transformación: las facciones se forman, se desarrollan. ¡El era un adolescente, casi un niño y se vuelve un hombre; después de las terribles omociones por las cuales se ha pasado; sus dos últimos años en América cerca de aquella mujer adorada y detestada; su proceso, su condena, cinco años en Tolón, cinco años de sufrimientos físicos y morales incesantes, terribles!... los insomnios, la mala alimentación, los trabajos más duros en el Arsenal, en el puerto; en invierno espuesto al mistral; en verano á los abrasadores rayos del sol, con una chaqueta y un pantalón de lana por todo traje, un casquete en la cabeza y una cadena á los pies. ¡Ni fuego, ni sombra, ni sitio donde guarecerse de los rigores de las estaciones, el pobre cuerpo quebrantado por la fatiga y el dolor!... ¡Ah! ¡Señor! A tales dolores, á tales privaciones, á tales sufrimientos, un hombre cambia, os lo aseguro dando á su fisonomía otro carácter que le hace desconocido. Dos ó tres veces se ha encontrado en presencia de compañeros antiguos de colegio y ninguno le ha reconocido.

—¿Pero vos, señora, no habéis tenido antes amigos, conocimientos en París?

—No; desde la partida de mi marido para América, hace unos veinte años, vivía retirada del mundo; vivía sola con mi hijo en un rincón del barrio Saint-Germain, lejos, muy lejos del barrio en que

vivo ahora... Algunas de las raras personas á quienes veía entonces ya no existen ó han dejado París... ¡Y además, señor, vos mismo hace un momento no me reconociais! Sin embargo, durante tres meses, hace ocho años, cuando se instruía el proceso de Jorge, os veía todos los días y teniais conmigo largas conversaciones. ¡Ah! ¡Es que yo he cambiado también! ¡He sufrido mucho! He participado de todos sus dolores. Puedo decir que hemos sido dos á sufrir la condena.

Silencioso, el señor X..., escuchaba con atención.

—Sí,—continuó la dama,—he ido á fijar mi residencia á Tolón, en el muelle, cerca del arsenal. ¡Desde mis ventanas le veía algunas veces trabajar en el puerto, ó pasar en una barca con sus compañeros de cadena bajo la vigilancia de un vigilante! ¡Ah, señor, que espectáculo tan desgarrador para el corazón de una madre! No creo que exista suplicio comparable á este! ¡Cómo lo he soportado, lo ignoro! ¿Pero podía dejarlo? ¿No debía sostener su valor con mi presencia, ayudarle á sostener el juramento que le había arrancado de no atentar á su vida?... El sabía donde yo vivía; desde ciertas partes del arsenal le era posible entrever mis ventanas; no distinguía mis facciones pero percibía una sombra, á lo lejos, á través del espacio, y trabajaba, sufría con la mirada dirigida á esa sombra.

XX

Gruesas lágrimas corrían por sus mejillas mientras hablaba de aquel modo, y el antiguo Abogado, acostumbrado á toda clase de emociones, se sentía, sin embargo, profundamente conmovido.

Guardaron un instante de silencio, después, el Abogado dijo con interés:

—Pero ya estáis reunidos. ¿Sois felices?

—Lo éramos,—contestó la señora enjugando sus lágrimas.—Vivíamos calmados, tranquilos, en completa soledad, lejos de los indiscretos y los curiosos, más ocultos, más ignorados en París que lo que hubiéramos estado en una ciudad de provincias ó en la más agreste campiña, felicitándonos del partido que habíamos tomado, cuando... ¡Ah, señor, dadme un consejo; no tengo nadie á quien pedirlo y he pensado en vos, á quien tanto debo, y cuya discreción me es conocida, á vos, que me habéis compadecido, que me habéis apreciado y á quien nosotros queremos.

Le hizo un largo relato de los acontecimientos ocurridos á su hijo en los seis últimos meses. ¡Era perdidamente amado y amaba á su vez! ¡Sí, amaba! ¿Qué cosa más natural, el amor no atrae al amor? Amaba con todo el ardor de un corazón todavía joven, que no había latido durante ocho años, sino por una pasión malsana que otras veces le hizo sufrir crueles desengaños, y entonces había sido conmovido por seducciones nuevas para él, ignoradas hasta aquel día; la bondad, el encanto, la gracia, la distinción, la ingenuidad.

Jorge había largo tiempo resistido á este amor; había luchado, huido; ahora se confesaba vencido. ¿Qué hacer? ¿Huir de nuevo? Pero se trataba de su porvenir, de su felicidad; después de haber sufrido tanto, ¿no merecía al fin ser feliz? Se trataba quizás también de su vida, en todo caso, de la existencia de la que él amaba. Poner su mano en la que se le tendía... ¡casarse! ¿Podía hacerlo? Decir su pasado era poner una infranqueable barrera entre él y la señorita de Brives; ¿No decirlo!... ¿Y si llegaba un día en que se supiera?

Esta situación fue larga y claramente explicada por la señora Hamel; después calló y esperó que el señor X... quisiera darle un consejo.

La contestación del Abogado no se hizo esperar.

—Ante todo,—dijo,—antes de ocuparnos del matrimonio de vuestro hijo desde el punto de vista moral, ¿no debemos examinarlo por el lado práctico de la cuestión? Para casarse son preciso papeles,

actas... ¿Dónde están los vuestros? La fe de nacimiento de vuestro hijo, vuestro contrato de matrimonio, la fe de defunción de vuestro marido, dicen to las que os llamáis Hamel, y vos me decís que por prudencia habéis cambiado de nombre. Esta, sin duda, es una precanción á la que debéis la tranquilidad de que gozáis. Iros á turbar, es atraer la atención sobre vos y llamar recuerdos no lejanos. ¿Cómo explicaréis, además, á la familia en la cual queréis entrar, que después de haber sido llamados tan largo tiempo por otro nombre, os apellidáis de pronto Hamel en la Iglesia y en la Alcaldía?

La señora Hamel había escuchado sin interrumpirlo. Cuando el Abogado cesó de hablar, la dama contestó:

—No nos veremos obligados á tomar ese nombre de Hamel. El que llevamos ahora, que he tomado desde la condena de mi hijo, es el único que nos pertenece legalmente. Mi marido, en la época en que manejaba en París una fortuna bastante considerable, que había rehecho en América, vivía en un mundo elegante, vanidoso, y comprendió que su nombre provinciano sonaba muy mal. Así que creyóse obligado á añadirle el de Hamel, que encontró en un viejo pergamino de familia. Poco á poco, como sucede frecuentemente, el primer nombre desapareció y no le quedó más que el segundo, que me hizo tomar la costumbre de llevar y más tarde de hacerle llevar á mi hijo. Pero repito que no nos pertenece, no se encuentra la menor huella de él en nuestros papeles y nosotros podemos usar el primer nombre, felizmente olvidado hace ya bastante tiempo.

—Entonces,—dijo el señor de X...,—el obstáculo material desaparece. Examinemos la cuestión desde el punto de vista moral. Por un lado un peligro serio, amenazador, cierto, la felicidad de dos personas en juego, su existencia comprometida, ó al menos la de una de ellas; por otro, peligros eventuales, improbables si se quiere, si se toman ciertas precauciones y, sobre todo, si se considera que en tres años ningún hecho que pudiera inquietaros se ha

presentado, que se ha vivido en una perfecta tranquilidad.

Hablaron largo tiempo todavía. Cuando se separaron, el señor X... dijo á la señora Hamel, estrechándole con fuerza la mano que le tendía:

—Os agradezco hayáis venido á encontrarme. Esta prueba de confianza que me ha sido dada por una de las personas más respetables que yo conozco, me ha conmovido profundamente. Decid á vuestro hijo, que nunca he dejado de estimarle, y que el mayor pesar que he tenido en mi vida ha sido no poder ganar su causa. Estrechadle la mano en mi nombre y decidle que le deseo la felicidad que merece.

.....

En los primeros días de octubre del mismo año, fue celebrado en la Alcaldía y luego en la Iglesia, el matrimonio del señor Jorge Gérard y la señorita Marcela de Brives, en presencia de un muy corto número de amigos.

Después de esta doble ceremonia los recién casados partieron para Italia.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE